

Señor Presidente, amigas y amigos, señoras y señores:

Siempre he creído que la vida tiene mucho de imprevisible. Con frecuencia decisiones tomadas de manera inadvertida nos conducen hacia destinos insospechados. No son nuestros actos, sino la vida misma la que se encarga de esclerotizar las cosas. Pero no todo puede ser azar. Esta noche, en particular, quisiera reivindicar una especie particular de determinismo. Ya no sociológico, ni biológico, ni siquiera psicológico. Lo quiero llamar determinismo filial.

Después de todo, el hecho improbable de que un ingeniero arrepentido termine siendo distinguido por sus aportes a la economía social sólo tiene una explicación posible: mi familia, mis maestros y mis mentores. Son ellos quienes le confieren a este acto cierta verosimilitud. Ciertamente determinismo. Sin ellos, sobra decirlo, yo no estaría aquí tratando de inventarle un nombre a mi gratitud.

El determinismo filial comienza, por supuesto, con los sacrificios y las lecciones de mis padres, y continúa con las enseñanzas de mis maestros de economía. Hace ya 13 años, recién graduado del Magíster en economía de la Universidad de los Andes, obtuve mi primer trabajo de economista en la Federación Nacional de Cafeteros. Casualmente, esta misma construcción fue testigo de mis primeros titubeos. Carlos Esteban Posada recuerda que por aquellos días el acervo de mis conocimientos era comparable al tamaño de mi biblioteca, conformada entonces por dos tomos raídos de las conferencias de Estanislao Zuleta.

Pero las buenas compañías son un buen remedio contra el mal de la ignorancia. Rápidamente, Carlos Esteban me enseñó el poder de la teoría

económica: “una máquina para generar hipótesis” según su propia expresión recurrente. Manuel Ramírez me transmitió el respeto por el trabajo empírico y Juan José Echavarría, el entusiasmo por la investigación. Para Juan José, cada nuevo artículo era una aventura. Para Manuel, una tarea que demandaba excelencia. Muchos de los artículos que escribimos entonces han quedado en el olvido. Sólo recuerdo que uno de ellos llamaba la atención sobre la expansión del consumo y otro sobre la revaluación del peso. Ambas preocupaciones parecían triviales en 1992 y ambas, casualmente, se convirtieron en los grandes temas de la economía colombiana algunos años más tarde.

Después de dos años en la Federación de Cafeteros, trabajé algunos meses en Planeación Nacional al final de la administración Gaviria. Era la época de la exuberancia reformista. Había una suerte de doble optimismo en el ambiente: optimismo sobre la posibilidad de llevar a cabo una ambiciosa agenda reformista y optimismo sobre la capacidad de los economistas para liderar el proceso. Sobra decirlo, era un tiempo fascinante (casi embriagante) para un pichón de tecnócrata. Los economistas tenemos la doble condición de físicos e ingenieros--de teóricos y prácticos. Desde mis primeras semanas en Planeación Nacional, hace ya 12 años, empecé a presentir que mi vida iba a transcurrir en el limbo entre la academia y la administración pública.

Después de trabajar en Planeación, me fui a estudiar a los Estados Unidos con el auspicio económico del Banco de la República. Cuatro años más tarde, una vez concluida la liturgia necesaria del doctorado, me tope con una disyuntiva familiar: ser un académico puro o un tecnócrata impuro. Decidí entonces llamar a Juan Luis Londoño, quien acababa de regresar a Colombia como director de la Revista Dinero, en busca de un consejo

previsible. Puesto a escoger entre la teoría de la academia extranjera o la práctica de la banca multilateral, Juan Luis escogió lo que yo habría escogido. Uno siempre sabe a quien pedirle los consejos. Así aterricé en la oficina de investigaciones del Banco Interamericano de Desarrollo (BID); ya con más libros a mi haber (los de Estanislao todavía estaban por ahí) pero todavía con pocas certezas intelectuales. Con un escepticismo que era, como siempre, parte simulación y parte vocación. Mi frase favorita de entonces la había tomado del poeta ruso Joseph Brodsky. Uno sólo necesita dos cosas en la vida –decía Brodsky– dudas y buen gusto. Lo segundo no me corresponde a mí juzgarlo. Las dudas han sido, desde siempre, una manía metodológica.

En el Banco Interamericano de Desarrollo tuve la suerte de conocer a Eduardo Lora, quien hizo poco por curarme del escepticismo y mucho por inculcarme la promiscuidad intelectual. Eduardo me transformó en un todero--en una mezcla de investigador y reportero económico. Mi primer trabajo en el BID fue editar un libro sobre criminalidad y violencia que había comenzado un ex ministro colombiano, quien había regresado prematuramente a su país con el propósito de dirigir una revista de negocios. Después de leer el manuscrito, con furor de doctorado recién graduado e ínfulas de sabelotodo, critique algunas de las cosas que había escrito Juan Luis para la introducción del libro. Su respuesta a mis atrevimientos contenía un consejo esencial. “A mi me gusta la irreverencia pero constructiva”, me dijo con razón. Sobra decir que no le he hecho caso.

Después de mi paso por el BID, regrese a Colombia para trabajar en Fedesarrollo. Uno de mis primeros trabajos fue un estudio sobre los determinantes de la calidad de la educación secundaria. Un buen día me encontré con Juan Luis y me contó que estaba preparando una edición

especial de su revista sobre los mejores colegios de Colombia. Yo le comuniqué mis intereses académicos de entonces, coincidentes con los periodísticos suyos, y decidimos trabajar juntos en lo que era un proyecto arriesgado para una publicación de negocios. La edición especial de la revista se publicó con gran éxito, tanto así que se convirtió en una institución editorial. Por mi parte, esta colaboración intelectual me sirvió de acicate para seguir de largo con mis investigaciones sobre la calidad de la educación, hasta el punto de que un año más tarde publiqué un libro sobre el tema, el cual, posiblemente, justifica mi presencia en este estrado. La vida, como decíamos al comienzo, tiene vericuetos impredecibles.

En agosto de 2002, volví de nuevo a la administración pública. Esta vez con mayores responsabilidades. Al cabo de varios días, decidí llamar a Juan Luis para pedirle ayuda en el misterio de misterios: ¿cómo se hace un plan de desarrollo? Su consejo no fue el de un economista ilustre, sino el de un practicante avezado: comiencen con un índice minucioso –me dijo en medio de su impaciencia ministerial– revísenlo una y otra vez, y muéstrenselo a todo el mundo. Al final de cuentas, la receta resultó providencial y nos permitió culminar una tarea improbable. Ahí queda servida, por supuesto, para el provecho de nuestros futuros sucesores en un ejercicio tan apasionante como complejo.

Pero los consejos de Juan Luis no siempre fueron tan explícitos. Durante las primeras semanas en el gobierno, atareados con mil ocupaciones y asediados por otras tantas ignorancias, decidimos, ingenuamente, disminuir el monto de los recursos asignados a una de las entidades adscritas a la cartera del nuevo ministro de salud y de trabajo. Cuando el asunto se hizo público, Juan Luis entró en cólera y denunció ante los medios de comunicación la irresponsabilidad de “los muchachos del Excel de

Planeación Nacional”. La frase, además de ser una irreverencia constructiva, llamaba la atención sobre los excesos tecnocráticos. O, al menos, sobre la diferencia, obvia por lo demás, entre ajustar un presupuesto en el computador y hacerlo en el Congreso.

Pero todas estas anécdotas ligeras esconden una coincidencia esencial que va más allá de los inevitables encuentros vitales entre dos economistas de talante empírico e inclinación práctica. Si respecto a alguna cosa cabe decir que mi identidad con Juan Luis es absoluta, es con referencia a su preocupación por la equidad. No podía ser de otra manera. Si uno se ocupa de la economía social y vive en Colombia, la equidad (o la inequidad para ser más preciso) se convierte en una especie de obsesión. En una manía positiva y en una preocupación normativa.

Juan Luis era un optimista en torno a la posibilidad de construir una sociedad más justa. Su tesis de doctorado puede leerse como una negación empírica de lo que el mismo llamaba la inercia distributiva. Juan Luis creía que las transformaciones estructurales de la economía colombiana habían estado acompañadas de grandes fluctuaciones en la distribución del ingreso. Pero más allá de los hechos empíricos, Juan Luis consideraba que el nihilismo distributivo no era congruente con 50 años de historia económica. En su opinión, el discurso imposibilista no tenía sentido a la luz de la evidencia histórica.

Mis investigaciones sobre equidad y educación también han estado motivadas por la tensión entre inercia y cambio social. Aunque desde una perspectiva diferente, cabe decir. Antes que insistir en los asuntos distributivos, como lo habían hecho la mayoría de los estudios previos, mi trabajo se ha concentrado en una dimensión distinta: la movilidad social.

Mi propósito esencial ha sido entender qué tanto han cambiado las posibilidades de movilidad durante el tránsito de la economía colombiana hacia la modernidad. En últimas, mis indagaciones son complementarias a las de Juan Luis: abordan una pregunta similar desde una perspectiva distinta.

Mis hallazgos sugieren un mejoramiento gradual de la equidad, no necesariamente inercial aunque tampoco punteado por cambios abruptos. En últimas, la movilidad social ha aumentado pero su avance ha sido casi inícuo comparado con los cambios en la distribución. En otras palabras, la distribución de las oportunidades no mejoró de manera paralela a los avances distributivos. Entre la inercia y el cambio, el avance de la equidad parece haberse quedado a mitad de camino.

Pero el hecho concreto es que la movilidad educativa en Colombia ha sido exigua durante la última generación. Las comparaciones internacionales son elocuentes. Históricamente, la probabilidad de que un colombiano cuyos padres no completaron la educación primaria termine su secundaria ha sido inferior a 9%. La misma probabilidad ha sido dos veces más alta en el Perú. Con respecto a la educación superior, escasamente uno de cada 100 colombianos cuyos padres no terminaron la primaria ha conseguido llegar a la universidad. Cinco de cada cien peruanos en una situación similar han hecho lo propio. Perú, para enunciar un solo ejemplo, nos supera con creces en materia de movilidad. Ya entenderán, entonces, porque la equidad tiene que convertirse en una especie de obsesión colectiva.

Quizás la mejor manera de resumir el énfasis de mi trabajo académico, al menos del más reciente, sea presentándolo como un intento por estudiar (y medir) los principales mecanismos generadores de inmovilidad social. Así,

por ejemplo, mis indagaciones sobre la calidad de la educación han mostrado la fuerte conexión entre los logros académicos de los estudiantes y el nivel socioeconómico de sus padres. Cuando se estudian las causas de esta conexión, se encuentra que la distribución de los estudiantes en las instituciones educativas, dominada por razones de clase, es el factor predominante. En Colombia, el logro académico está determinado (en buena medida) por la institución escolar, la cual está decidida (en alto grado) por la posición socioeconómica. El mecanismo es tan simple, como son de recias sus implicaciones.

Pero los mecanismos de inmovilidad no están restringidos al sector educativo. La crisis de finales de los años noventa mostró, por ejemplo, que los descalabros macroeconómicos no sólo incrementan la pobreza, sino que también atentan contra la movilidad social. La crisis afectó desproporcionadamente a los más pobres, quienes, por su condición, carecían de los instrumentos adecuados para soportar una disminución súbita y sustancial de sus ingresos. Así, muchos de ellos se vieron obligados a retirar a sus hijos de colegios y universidades. En síntesis, la ecuación es simple: mayor vulnerabilidad y menor protección implican menor movilidad.

Más allá de los mecanismos meramente económicos, mi trabajo también ha tratado de elucidar los mecanismos sociológicos de exclusión. En mi opinión, la concentración espacial de la pobreza genera actitudes y preferencias perversas, las cuales, a su vez, afectan las posibilidades de movilidad. Las bajas expectativas, la ausencia de aspiraciones y la falta de estima personal no son sólo el reflejo de unas condiciones objetivas adversas, sino también el resultado de una sociedad segregada espacialmente. Sólo mediante una alusión explícita a la segregación

espacial y a sus efectos sobre las preferencias sociales, creo yo, es posible explicar por qué las tasas de embarazo adolescente son cuatro veces mayores en los estratos bajos que en los altos. De la misma manera, muchas otras patologías sociales, desde la violencia juvenil hasta el consumo de drogas, sólo pueden ser entendidas como el resultado de un ambiente sociológico adverso asociado a la concentración espacial de la pobreza.

La superposición de los mecanismos descritos explica la persistencia de la inequidad. Puesto que el nihilismo lleva a la inacción y el voluntarismo conduce a la frustración, la única postura posible, si queremos avanzar hacia una sociedad más equitativa, es la del escepticismo constructivo. Al tiempo que se aportan soluciones, se hace necesario señalar los límites, enfatizar las dificultades y advertir los riesgos. Algunas veces la verdadera responsabilidad consiste en no crear ilusiones. Otras, en mantenernos fieles a nuestra condición de soñadores de transformaciones. Es un balance delicado pero necesario para recorrer el tortuoso camino hacia la equidad.

Pero el escepticismo constructivo no sólo es un llamado a la persistencia y a la cordura reformista; es también una invitación a la reflexión ilustrada a la hora de las decisiones públicas. No quiero hacer una idolatría de las ideas, ni exaltar la discusión eterna sobre la importancia de esta o aquella doctrina finiquitada, pero sí deseo aprovechar la ocasión para reivindicar la relevancia de los académicos, los juristas y los activistas sociales que siguen creyendo, aún en tiempos de urgencias políticas y caprichos posmodernistas, que siguen creyendo, repito, en la investigación como una guía invaluable para la solución de nuestros problemas más urgentes.



No sólo los hombres de acción, sino también los de reflexión, los a veces diletantes y a veces entusiastas, los escépticos constructivos, son fundamentales para avanzar en el camino de la equidad. Actuamos porque tenemos ideas, pero (al mismo tiempo) tenemos ideas porque actuamos: la clave está en el equilibrio entre teoría y práctica, el mismo que quiero reivindicar esta noche y que percibo como el gran legado de Juan Luis.

Quisiera volver con los temas iniciales. Primero los agradecimientos: a José Darío Uribe, a Fedesarrollo, a todos ustedes por su compañía, a quienes aportaron tiempo y dinero con el propósito de conservar y agrandar un legado necesario y a mis muchos compañeros en una actividad colectiva. Uno puede encerrarse en un ático y al cabo de algunos meses descender habiendo escrito una novela excelente, pero si uno se enclaustra a escribir sobre las realidades de la práctica pública termina produciendo un catálogo de vacuidades. En una actividad colectiva, las distinciones individuales siempre tienen algo de injusto. De allí la necesidad de reiterar mi inmensa deuda de gratitud con muchos de mis colegas.

Finalmente, sólo queda insistir en el tema de la equidad. Creo que este premio debería convertirse en un bastión para la búsqueda de una sociedad más justa. En general es fácil hablar, y este país está repleto de progresismos de cajón, pero considero pertinente reiterar lo obvio: si no nos consagramos plenamente a la tarea de la equidad, los de entonces seguirán siendo los mismos. Ahora y por siempre. No quisiera caer en la grandilocuencia, pero qué más da, en ciertas ocasiones los excesos son inevitables. Por eso, señoras y señores, sólo me queda insistir en un punto ya hecho y contrahecho: las sociedades donde las oportunidades están negadas para la mayoría, corren el riesgo de no tener, ellas mismas, una segunda oportunidad sobre esta tierra.

Muchas gracias.